

Piña en Misiones

Las elecciones para constituyentes en la provincia de Misiones terminaron siendo el hecho político más importante de este año que finaliza. Y mucho más allá de la política misionera. Las repercusiones se hicieron sentir en varios hechos y gestos del gobierno nacional. Pero también otros aprovecharon la "volada".

Que lo analicemos como el hecho político principal no quiere decir que haya mejorado la calidad de vida de los argentinos, que es el objetivo principal de la política. Pero creemos que es el hecho más importante porque se revela como anuncio de modificación de la cultura política cultivada en estos largos años. Si actitudes populares como la demostrada por la mayoría misionera se repite en otras latitudes y circunstancias habremos avanzado en la conciencia política argentina. Y ello será un paso importante en la transformación cultural que necesitamos.

El obispo Joaquín Piña que encabezó la lista opositora ganando por un margen considerable, a pesar de la campaña clientelista del gobernador Rovira, apenas finalizados los comicios señaló que los resultados eran un llamado de atención al Presidente Kirchner, que había apoyado explícitamente la propuesta de reelección indefinida alentada por el oficialismo provincial en la reforma constitucional.

LA UTILIZACIÓN DE CADA CUAL

El contundente triunfo de la oposición, que tras la candidatura del obispo aglutinó a diversos sectores sociales y políticos, incluidas fracciones del oficialismo justicialista, pretendió ser capitalizado por cada parcialidad tanto de la derecha como de la izquierda, que se unió para impedir lo que se leyó como un retroceso a la calidad de la institucionalidad democrática en Misiones.

Hasta el cardenal Bergoglio utilizó a su favor la candidatura de su congénere jesuita, cuyo apoyo no desmintió. Y en dos sentidos, de algún modo concurrentes. Tanto en su dificultoso trato con el gobierno de Kirchner como en la complicada relación con la curia romana, que también quedó patetizada con otros dos hechos: la apresurada aceptación de la renuncia canónica del obispo Piña a la titularidad de la diócesis de Iguazú y la rápida designación del sucesor Martorell, de viejo cuño conservador y alguna vez sospechado de manejos poco transparentes de las finanzas del arzobispado

de Córdoba en el reinado del cardenal Primatesta, agravados por su reconocida vinculación con el empresario Yabrán, que se habría suicidado al descubrirse como instigador del asesinato del periodista fotográfico Cabezas.

Pero más allá de las lecturas mezquinas y las inevitables utilidades de cada cual, el triunfo electoral fue un golpe a la vieja política. Y expresó esa capacidad instintiva de los pueblos que olfatean lo que deben rechazar por perjudicial, por más que en el momento reciban por necesidad lo que les viene de la práctica clientelista. Ese olfato es un paso importante en la conciencia política, pero debe dimensionarse en su justa medida para no derivar en conclusiones apresuradas ni sobredimensionadas de un hecho, que aunque importante es circunstancial, y como tal no puede generalizarse. Esto vale como advertencia para los que analizan la realidad política de manera lineal y mecánica, sin tener en cuenta cada circunstancia histórica que genera la conducta de las personas que la van construyendo.

Debemos rescatar los aspectos positivos de esta experiencia. Hubo sin duda señales de la nueva política. Fue importante el aprendizaje y ejercicio democrático que significó la articulación de distintas perspectivas ideológicas que supieron poner por encima el interés común, ofreciendo al conjunto de la población una opción concreta al intento de perpetuarse en el poder. Esto sin dejar de señalar que el voto opositor también apareció como reacción ante lo grotesco, absurdo y provocador.

Sin embargo no debe quedar como un golpe espasmódico del hartazgo social, que se apacigua con calmantes. Y de esto ya hemos vivido varios: no hay que olvidar el entusiasmo exagerado con que muchos analizaron el santiagueño, pensando que a partir de aquella masiva protesta popular que llegó hasta la quema de la casa de gobierno, empezaba una nueva etapa en la provincia. Hecho que fue desmentido por el resultado electoral posterior, cuando ganaron otra vez los Juárez, controladores de los resortes del poder institucional, político, económico y social, en la provincia Santiago del Estero. Afirmar esto no significa quitar el valor que el hecho en sí mismo tuvo tanto para la conciencia popular como para la vida política provincial.

Pero en la realidad política sucede, como ocurrió tanto en este caso como en el proceso nacional luego de las protestas populares en Buenos Aires



Piña preside la Convención Constituyente en Misiones.

que terminaron con el gobierno del presidente De la Rúa, en diciembre del 2001, que las consecuencias no se ven en lo inmediato. La realidad política no es un auto. No se cambia ni se arregla con la mecánica. Se trata de procesos complejos, donde juegan distintos intereses y circunstancias que exigen un análisis abarcador de variados factores. Y para certificar esto podemos añadir que algunos cambios pudo instaurar el pueblo santiagueño varios años después. Aunque ello tampoco quiere decir que reflejaran todos los reclamos que en aquella protesta popular se requerían. Lo mismo sucedió a nivel nacional. El reclamo de que "se vayan todos", no tuvo un correlato con los cambios producidos poco tiempo después. Sin embargo nadie puede desconocer que se produjeron cambios. Y varios de ellos contemplando aspectos importantes de las reivindicaciones que la gente expresaba resumidamente en la consigna "que se vayan todos". Pero no sólo que no se fueron todos, sino que la mayoría son los mismos. Sin embargo también es cierto que hubo cambios importantes en la realidad de la política nacional. Reconocer esto no significa aplaudir todo. Pero tampoco condenar todo. Una vez más debemos remarcar que en la realidad política nunca es TODO o NADA.

LECCIONES DE LAS ELECCIONES

Pero volvamos al efecto Misiones. Recién después de varios días de silencio, el gobierno nacional empezó a acusar el golpe de la derrota en aquella provincia. Y se expresó en el pedido del presidente Kirchner a los gobernadores de Jujuy y Buenos Aires entre otros, de que no insistieran con modificaciones constitucionales similares en sus provincias. Pero no sólo eso. También sacó del escenario, aunque sea momentáneamente el tema de la reelec-

ción presidencial, lanzando otra vez la posibilidad de la candidatura de su esposa Cristina Fernández de Kirchner, quien por su parte, como senadora impulsa ahora otro cambio que puede leerse favorablemente para el mejoramiento de la institucionalidad democrática: la reducción de miembros de la Suprema Corte de Justicia.

Misiones fue un golpe al método clientelista, pero también a la pretensión de perpetuación y hegemonismo, que retrasan la instauración de nuevos mecanismos de participación democrática para una mejor calidad institucional.

Pero sobre la calidad institucional hay que decir algo más. No alcanza con que sólo sea a nivel de las instituciones políticas. La democracia se fortalece en el ejercicio concreto de las instituciones que la conforman. También lo debería ser a nivel sindical, empresarial, social y también religioso. ¿Por qué no? La institución eclesiástica, que se ha involucrado más de una vez en la realidad de la política institucional, como ahora en Misiones, debe predicar con el ejemplo, democratizando sus propios estamentos internos para mejorar su servicio al pueblo, diferenciando lo que tiene fundamentación teológica de lo que son mecanismos institucionales históricos, propios de cada tiempo y lugar. La perpetuación en el poder no es buena para la realidad política, pero tampoco para la religiosa o la sindical.

Y aquí vale la pena detenerse, por el sistema de reelección indefinida que sigue vigente en los sindicatos, consolidando una burocracia que usufructúa el poder de las estructuras del movimiento obrero, tanto sean los gremios como las obras sociales, presidiéndose para la corrupción y la utilización espúrea de las influencias para beneficio personal o familiar y en detrimento de la defensa concreta de los intereses y calidad de vida de los trabajadores.

Análisis Político



Los escandalosos hechos producidos por bandas opositoras de los aparatos sindicales – también ligadas a la violencia en las canchas de fútbol – durante el traslado de los restos de Perón a San Vicente, pusieron de relieve parte de esta penosa realidad que el presidente Kirchner sigue sin abordar por la propia necesidad política de contar con el apoyo de los llamados “gordos” de la CGT, tal como se demostró al establecerse el techo del 19 % a los reclamos de aumentos salariales, que impuso el sindicalista y empresario Hugo Moyano. Este monopolio de representación sindical que reclaman los burócratas de la CGT ha frenado hasta el momento el reconocimiento de la personería sindical a la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) hasta ahora encabezada por el reconocido dirigente de ATE Víctor De Gennaro.

Esta crítica a los vicios de las principales cúpulas sindicales del país, no debe confundirse con el malintencionado desprestigio de las organizaciones sindicales que promueven voceros del poder empresarial y económico, para debilitar los instrumentos de reclamo del movimiento obrero. Se trata de alentar cambios necesarios desde el mismo campo sindical, como los que se reclaman a nivel de la política o de las estructuras eclesiales, desde dentro, para una auténtica renovación que permita el mejor cumplimiento de la misión de cada uno.

El manejo político que el gobierno nacional hizo de los lamentables hechos de San Vicente no permitió un avance en el acotamiento del abuso de poder de los “gordos”. Cuando el mayúsculo escándalo, que incluyó la utilización de armas de fuego en la gresca entre bandas, abrió la posibilidad de presionar con importantes cambios en la relación del gobierno con estos exponentes de la burocracia sindical, el presidente Kirchner no avanzó y los “gordos” reacomodaron sus cargas para seguir en sus lugares. El reconocimiento de la personería para la CTA era un instrumento concreto que Kirchner desaprovechó.

NO ES LO MISMO...

Una última reflexión en este análisis apunta hacia el interior de la realidad eclesial. Principalmente por las permanentes dificultades que tenemos al pretender trasladar categorías propias del ámbito religioso al terreno de la política. También aquí corremos el riesgo de caer en generalizaciones nunca convenientes.

El obispo Piña se encargó de señalar la parcialidad de su experiencia. Se trató de elecciones de constituyentes, muy diferentes a las elecciones que implican gobierno, gestión, involucramiento en la política concreta, la de todos los días. Por eso el obispo pudo involucrarse sin mayores conflictos

con la institución eclesiástica. “Hasta aquí llegué, no voy a incursionar en la política partidaria que es competencia propia de los laicos”, dijo Piña palabras más o palabras menos. Y esto hay que remarcarlo. Porque en la ambigüedad del lenguaje simbólico propio del espacio religioso, podemos afirmar con verdad “que todos (obispo y laicos) somos iglesia”. Aunque no todos “igualmente” iglesia. Y también que en la experiencia misionera el triunfo del obispo es el triunfo de la iglesia, lo que evidentemente sería confundir lenguajes y realidades, que conducen a análisis incorrectos. No fue un triunfo de “la” iglesia, aunque fue una positiva y exitosa contribución de buena parte, o quizás la mayoría, de las iglesias en Misiones.

Pero no sólo hay que diferenciar entre una elección para constituyentes y otra para gobernar, sino también entre el rol jugado por Mons. Piña y el que es propio de los laicos. Está bien que el obispo no se involucre en la política partidaria concreta de gestión del estado. Su contribución ha sido en la consolidación de las instituciones democráticas. Pero el rol propio de la iglesia no es la gestión del estado. Contribuye al fortalecimiento de la democracia, que la iglesia se mantenga en su rol profético y supletorio; y no se meta en la política partidaria. Que no deje de comprometerse con la vida concreta de la gente, pero respete la autonomía de las instituciones de la sociedad, necesariamente pluralistas. Este es el terreno propio de los laicos. Aquí es donde los laicos no podemos esquivarle al bulto. No corresponde a los laicos escudarse en los argumentos del obispo Piña para no involucrarse en la política partidaria. La actuación en política de los laicos no es la misma que la de los miembros del clero. Y a esto hay que acentuarlo porque frecuentemente el descompromiso de los laicos se fundamenta en argumentaciones propias de la institución eclesiástica.

Más allá de las vivencias que demanda la fe, y también como parte de ellas, las motivaciones cristianas son un aporte imprescindible a las transformaciones sociales y políticas que demanda la realidad argentina. Y esto exige de los cristianos un compromiso concreto en la política cotidiana. Esa que demanda embarrarse, porque es la que se construye en la tierra. No en el cielo ni en el infierno.-

Córdoba, noviembre 2006.

Luis Miguel Baronetto